

---

## *Memoria de Alfonso de Alba*

José Luis Martínez  
*Academia Mexicana de la Lengua*

Cuando ambos andábamos alrededor de los veinticinco años, llenos de entusiasmo creador, hacia 1947, conocí a Alfonso de Alba en la ciudad de México, donde él estudiaba Derecho. El paisanaje y las comunes aficiones literarias nos acercaron. Y seríamos amigos durante medio siglo. Nuestra cercanía se fortaleció en el sexenio del gobierno de Agustín Yáñez, en Jalisco, de quien fue Secretario de Gobierno, de 1955 a 1958. Alfonso se quedó a vivir en Guadalajara, ocupado en tareas políticas y administrativas. Él fue el primer presidente de El Colegio de Jalisco, que ha llegado a ser un centro cultural sobresaliente.

La muerte de Alfonso de Alba, el 14 de marzo de 1996, me conmovió. En mis viajes a Guadalajara, siempre que me era posible, llamaba a Alfonso y lo visitaba. Era el último de mis amigos viejos tapatíos superviviente. Recuerdo, entre sus libros, su colección de libros lagunenses. En una de estas visitas me obsequió una hermosa cabeza de San Francisco, que guardo en mi biblioteca, y ahora la asocio a mi amigo desaparecido.

Alfonso había nacido en Lagos de Moreno, la hermosa y orgullosa ciudad alteña de Jalisco, a la que fue muy adicto, y provenía de una familia de prosapia regional, los De Alba. En la copiosa *Bibliografía de los escritores de Jalisco*, en que trabaja el laborioso Gabriel Agraz García de Alba, el primer tomo, 622 páginas (UNAM, México, 1980), lo llenan los escritores cuyos apellidos comienzan con A. Allí aparecen 19 Albas, entre los que destacan, además de Alfonso, el canónigo Amando J. de Alba, a quien presencié de lejos en mis años de la Congregación Mariana en el templo de San José, en Guadalajara, y que había sido poeta admirado y amigo de López Velarde, y don Pedro de Alba, escritor y diplomático, también cercano al poeta de Jerez, al que conocí en los años en torno a Jaime Torres Bodet, y quien murió en París durante una sesión de la UNESCO el 10 de noviembre de 1960. Y ahora mismo, en la Academia Mexicana de la Lengua, comparto tareas con el filólogo José G. Moreno

de Alba, originario de la "Chona" o Encarnación de Díaz, Jalisco, como don Amando.

Los alteños suelen ser grandotes, agüerados, decidores y gente de campo. Pero no todos, pues los De Alba que conocí eran, como Alfonso, gente fina, recatada, cuidadosa de su atuendo, urbanos más que campestres y muy adictos a sus tierras nativas. Así era Alfonso de Alba, y de hecho todos sus libros están dedicados a Lagos, su tierra, y, extensivamente, a la provincia mexicana.

Los trece volúmenes de la "Biblioteca de Autores Laguenses" (1947-1954) fueron la empresa mayor de Alfonso de Alba, y con ella se dio a conocer en las letras mexicanas. Para ocho de los primeros tomos escribió "Liminares" notables por su vivacidad y su precisión crítica. Sugiero que se reproduzcan con el título de *Escritores laguenses*. Los dos primeros, con los versos de José Becerra, y la vida de *Pedro Moreno*, por Alejandro M. del Campo, fueron impresos en Lagos. Y a partir del tomo 3, con *De ocios a pátina*, de Antonio Moreno y Ovideo -y sin duda con su apoyo material- se imprimieron en mejor papel en los Talleres de la Editorial Cultura, de la ciudad de México. Todos tienen buenas ilustraciones a cargo de artistas locales. Los tres tomos siguientes son valiosos: un álbum fotográfico y pictórico del arquitecto Enrique Aragón Echeagaray; *Campanas de la tarde*, el primer libro que se publicaba de Francisco González León, con prólogo de Ramón López Velarde; *Gentes y paisajes de Jalisco*, de Carlos González Peña, y *Pedro Moreno, el insurgente*, de Mariano Azuela.

El tomo X de esta biblioteca es un libro de Alfonso de Alba y quizá su obra más hermosa. Se llama *Antonio Moreno y Ovideo y la generación de 1903*, (1949). Lleva un prólogo de Mariano Azuela, sobre la personalidad de Moreno y Ovideo, y luego, un poco fuera de lugar, seis poemas de don Antonio. El libro de Alfonso de Alba tiene una primera parte que es una evocación sentimental y azoriniana de Lagos en la que, además del paisaje, va narrando la historia de la ciudad y describiendo sus momentos. La segunda parte, a partir del capítulo "Edad de oro laguense" es la que conviene al título del libro. Don Antonio Moreno y Ovideo, abogado y poeta, rico y generoso, tenía una hermosa casa en Lagos, con una huerta contigua. Allí solía invitar a un grupo de amigos principales: Francisco González León, poeta y boticario; Mariano Azuela, médico y novelista, José Becerra, poeta y bebedor, y Bernardo Reina, médico. En ocasiones, las reuniones se ampliaban y se invitaba también a otros aficionados a las letras: a tres muchachas: María Dolores Amador, Rosa G. de Lomeli y Juana Merino, y a tres jó-

venes: Francisco Guerrero Ramírez, Gabriel López Arce y Lauro Gallardo. El grupo se mantuvo por algo más de treinta años, de 1882 a 1913 y, además de sus reuniones periódicas en casa del licenciado Moreno y Ovideo, los sucesos más notables fueron los Juegos Florales del 7 de junio de 1903 en los que fue triunfador el poeta González León -quien no asistió a recoger sus triunfos-; la publicación de las obras primigenias de González León y Azuela, así como los opúsculos de don Agustín Rivera en las imprentas laguenses, y la aparición de varias publicaciones del grupo de Moreno y Ovideo: *los Ocios literarios* y las revistas *Notas y Letras* y *Kalendas*. Alfonso de Alba poseía todas estas rarezas, que sería interesante conocer en nuevas ediciones.

Esta evocación lírica de Lagos de Moreno, seguida por una crónica de la vida cultural de esa ciudad, la publica Alfonso de Alba en 1949, como tomo X de la "Biblioteca de Autores Laguenses", con un título inadecuado, pues debería llamarse *Evocación de Lagos*. Veinte años más tarde, en 1968, Luis González publica *Pueblo en vilo*. Microhistoria de San José de Gracia. Un libro espléndido que inicia en México una nueva tendencia histórica, la "microhistoria". El libro de Alfonso de Alba dedicado a Lagos de Moreno, es, de alguna manera, un precursor del gran libro de Luis González.

El mismo año de 1949, Alfonso de Alba publica su libro más ambicioso e importante, *La provincia oculta. Su mensaje literario* (Editorial Cultura, México). Por una vez, sin abandonar su tema provinciano, lo amplía al ámbito nacional. Es un libro bien organizado y escrito con limpieza. Después de precisar el concepto de provincia, expone sus antecedentes: Rodenbach, Jammes, Barrès y Rilke, y los españoles Rusiñol y Azorín principalmente, y se concentra luego en los provincianos mexicanos, los poetas y los prosistas, que expone con cordial conocimiento. A pesar de que aún no habían publicado sus libros mayores, registra con perspicacia los primeros cuentos de Juan José Arreola, de los que dice: "quintaesencias de una sencillez compleja; cuentos trazados con el más exacto y minucioso conocimiento de la técnica e informados de alto sentido literario"; y de Juan Rulfo, de cuyos cuentos apunta: "sorprendentes, realistas, fidelísimos reflejos de regiones y gentes de Jalisco logrados con fuerza y destreza".

*La provincia oculta* es un libro valioso que debería reimprimirse.

Años más tarde, en 1957, Alfonso de Alba publica el último de sus libros, *El alcalde de Lagos y otras consejas* (Biblioteca de Autores Jaliscienses Modernos, Guadalajara). En el folklore de las maledicciones, la presunción de los laguenses dio origen a una serie de consejas bur-

lescas atribuidas al alcalde de Lagos: el puente que se pasa por arriba, la amarrada de los puercos y otras muchas. Al parecer, los laguenses sufrían por estas bromas que exhibían su candor y su falta de malicia. Y Alfonso de Alba se decidió a enfrentarlas y a realizar “una función cathártica [...] para superar persistentes complejos de inferioridad”. Pero, en lugar de reírse de lo risible, hizo un libro serio. Preciso quién había sido el alcalde de Lagos de los cuentos, registró las consejas atribuidas y se puso a interpretarlas psicológicamente. El resultado es divertido pero un poco triste. El humor que falta en el texto está compensado con las maliciosas ilustraciones de Antonio Trejo.

Al ser electo miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, Alfonso de Alba presentó un interesante trabajo sobre “La pastorela de Lagos”, que leyó el 10 de noviembre de 1978. Le dio la bienvenida Agustín Yáñez, entonces director de la Academia. Ambos textos se recogieron en el tomo XXIV de las *Memorias de la Academia Mexicana*, publicado en 1989.

En la década que va de 1947 a 1957, en la ciudad de México y en Guadalajara, Alfonso de Alba tuvo su periodo más fértil. Su tarea principal fueron los trece volúmenes de la “Biblioteca de Autores Laguenses”. Su libro más notable es *La provincia oculta*. Su devoción constante fue su tierra natal, Lagos de Moreno.